

DELIRIO

Había una vez un hombre, un humilde servidor del Todopoderoso, que decidió ir de la ciudad al campo.

El fin del viaje era ir a cargarse de energías y además, que no es poco, quería conectarse con Dios, Nuestro Señor. Andaba buscando la fe, en compañía.

Se puso el Sol y encontró una ermita donde pasar la noche. Allí, se puso encima una losa y se cubrió con una manta, por fin descansaba después de un gran día de viaje, hasta quedar tranquilo y en paz.

Cuando de repente, en una casa abandonada, de cristales rotos, vio una garza negra, muy negra y con el pecho y el vientre blancos, muy blancos, hecho que le hizo detener la mirada y le abrió el campo de la imaginación...

Cerró los ojos y le vino a la cabeza la creencia que aquel pájaro era el demonio personificado. Así que, ¡qué miedo!, ¡era el demonio, Satán, Satanás! ¿Le atacaría?

El hombre emitió un sonido y luego verbalizó de manera que le salió una voz poderosa y bronca, se quedó abatido y se dio cuenta de que estaba poseído por el gran Satanás que arranca de debajo las piedras.

A pesar de todo lo sucedido aquella noche, durmió a plena luz de la luna y las estrellas.

Al día siguiente se levantó un gran Sol. Desayunando recordó las últimas palabras atribuidas a Dios, y son las siguientes: “prepárate a respirar”.

Buscó la procedencia de estas palabras: ¿Fue Dios? ¿Estaba en contacto con los muertos? ¿O era su imaginación?

Empezaba a vivir en un mundo irreal y a la vez creíble, estaba entrando en otra versión de la vida.

Después de desayunar decidió volver a la ciudad.

De camino de vuelta tuvo un pensamiento nuevo ¿por qué no practicarse un exorcismo? Y lo probó, invocando al diablo y a los ángeles. Y no le salió positivo, pues nada sucedió.

Desde entonces hasta el día de hoy quedó sorprendido por visiones, angélicas o no, pero visiones.

Desde entonces y hasta el final de sus días vivió inquieto y perturbado.

Todo y que recibía la ayuda de Cristo en el altar.

Víctor